

SERMON

DEL

PASO DE LA CRUZ Á CUESTAS

Et bajalans sibi crucem exivit in eum,  
qui dicitur Calvarie locum.

“Y cargando su Cruz, se dirigió á el lugar que se nombra Calvaria.”

S. JEAN, CAP. XIX, v. 17.

Cualquiera otros que no hubieran sido hombres tan crueles como los judíos, se hubieran movido á compasion de ver á Jesucristo presentado al pueblo en el balcon de Pilatos, como rey de burlas. ¡Ay! ya habia el manso Cordero derramado multitud de gotas de su Sangre en la agonía que padeció en el huerto: acababa de pasar por el tormento de los azotes aplicados con espinas y abrojos, con cordeles nudosos y con cadenas de hierro de que pendian garfios acera- dos, segun San Gerónimo: su Carne se le habia des- pedazado hasta descubrirsele los huesos, y todo bañ- do en sangre, era una sola llaga, para valermé de la espresion de Isaías: *A planta pedis usque ad verticem non est in eo sanitas.* ¡Qué mas! la compañía preto-

riana ó cohorte de guardia, le puso en la cabeza por diadema una corona de duras espinas, y le vistió con unos andrajos de púrpura: le dió por cetro una caña en la mano, y le colocó públicamente en un indigno asiento por trono de desprecio. El mismo presidente romano, puesto á su lado y con intencion de libertarlo, lo mostró á sus perseguidores como objeto digno de lástima, señalándole de este modo: "Ved aquí al hombre;" esto es; siquiera como hombre, aun cuando fuese el mas facineroso, reclama de vosotros con voz muda, vehemente y significativa, sentimientos de ternura y humanidad. "Hé aquí á vuestro Rey," les dijo otra vez: Vuestro Rey, les dió á entender, que necesita mas bien de túmulo que de solio. Pero los Pontífices, los Ministros y toda la turba, clamaban enfurecidos y redoblaban sus gritos: "Quita, quita: Crucificalo, crucificalo." Entonces Pilatos, sin pronunciar una sentencia expresa y definitiva de condenacion, que no consta en el Evangelio, lo entregó en sus manos.

Apenas oyeron estos malvados las palabras como de sentencia, que profirió el mas inicuo juez, cuando rodearon con tumulto y gritos al Santísimo Heredero del reino de Judá, no para vendarle sus heridas, sino para abrirle otras nuevas: le impusieron luego sobre sus delicados hombros el grave peso de la Cruz, y comenzó aquella triste, inexplicable y misteriosa procesion para el Calvario. ¡Oh Salvador mio! yo os contemplo escupido y blasfemado por unos, tirado de sogas y cordeles por otros; contundido á golpes con piedras por estos, quebrantado á palos en las espaldas por aquellos. Como abejas á quienes han robado

el panal, veo con David, cómo os punzan y os hieren. No obstante, Vos os abrazais con ardiente afecto de la Cruz, para abrasarnos de vuestro amor: caminais en medio del llanto de los Angeles de paz, del furor de los demonios, del odio de vuestros enemigos, de la suspension de muchos circunstantes, de la compasion y lágrimas de las mujeres, entre gritos y sollozos, entre penas y desmayos. ¡Ah! todo junto, el cielo, la tierra y el infierno, parece que concurren como de tropel á este paso dolorosísimo de vuestra sagrada pasion: *Et bajulans sibi crucem exivit in eum qui dicitur Calvariae locum.*

Considerad aun mas, ¡oh fieles! en la amargura de vuestros corazones, al eterno Isaac cargando sobre sí la leña para el sacrificio. ¡Oh qué espectáculo de rabia, de ludibrio y de ignominia por parte de la impiedad! ¡Oh qué grande ejemplo de paciencia, de humildad y de amor por parte de Jesucristo! Sí, el carga para que carguemos, y sufre para que suframos: el peso del áspero madero es el instrumento de su abatimiento y de su fortaleza, de su debilidad y de su virtud: peso insoportable á los hombros de otro que no fuese el Hombre Dios, y peso fácil de ayudar á llevarle despues de él: vara prodigiosa que da la muerte y la victoria, el dolor y la sanidad. Con esto, ya os habré insinuado la idea principal de mi discurso, que se puede reducir al peso misterioso de la Cruz, que portó el Señor por nosotros. Para el acierto, obliguemos con la salutation del Angel á la Madre de Dios, que cargó tambien en el alma á su Divino Hijo y á su Cruz, á fin de lograr por su intercesion un socorro del Espíritu Santo. Ave María.

"Y cargando su Cruz, se dirigió a el lugar que se nombra Calvario."

S. JOAN, cap. y vers. citados.

Entre los diversos caracteres con que se distinguiera el Mesías prometido, anunció el profeta Isafas que habia de llevar sobre sus hombros el principado: *Et factus est principatus super humerum ejus*. Era costumbre de los príncipes y grandes de aquel tiempo, colocar sobre sus hombros las insignias de su dignidad, y por eso los Santos Padres entienden por este principado, la Cruz á cuestras que cargó nuestro Salvador, como la señal de su reino. No es mi ánimo hablar en este dia de las glorias de la Cruz de Jesucristo, sino mas bien de los dolores y penas que le causó en el camino del Calvario. Ademas de esto, el mismo Señor nos ha asegurado en el Evangelio, "que su yugo es suave, y su peso leve:" por manera, que siendo incomprendible la opresion de la Cruz que se asentó sobre la santa espalda del Maestro, se le hacia ligera con el vigor de los discípulos; y siendo para estos muy grave é inaguantable carga por sí sola, se les vuelve tolerable con el auxilio de la gracia. Pero si dejamos á parte la infinita é inmensa caridad del Santísimo Redentor, y entendemos en su verdadero sentido lo que significa tomar su Cruz, convendrá deducir en recta consecuencia estos dos breves puntos: Primero: El NAZARENO Divino cargó sobre sus hombros el grave peso de la Cruz: Segundo: El CRISTIANO que va en su seguimiento, lleva un peso leve. Voy á demostrarlo.

## PRIMERA PARTE

"Ningun puro hombre, como dijo Santo Tomás de Villanueva, hubiera podido cargar el peso tan desmedido de la Cruz." Con razon, porque dos pesos tenia el leño, el uno material y el otro moral ó de nuestros pecados, por quienes iba á pagar el Señor con su sangriento sacrificio: el uno agobiaba mas á su cuerpo que á su alma; y el otro se hacia sentir mas de su alma que de su cuerpo. Pues bajo este, doble aspecto hemos de mirar el martirio que padece Jesucristo desde la casa de Pilatos hasta lo alto del monte Calvario.

"¿Quién ha medido, pregunta Isafas las aguas en el hueco de su mano, y extendiéndola ha pesado los cielos!" ; Ah! el Señor nuestro Salvador, cuyo poder se propuso delinear con tan sublimes rasgos. Con todo eso, el teatro de su grandeza y majestad se trocó repentinamente en flaqueza y abatimiento. Ya habia prevenido el mismo Santo Profeta, "que él trae consigo su recompensa, y tiene entre sus manos el premio de sus trabajos." Sin forzar la inteligencia de este oráculo, se puede reconocer en él á Jesucristo, llevando entre sus brazos la encina enorme de la Cruz: ella es no menos que el símbolo de sus victorias y de sus misericordias, el medio tormentoso de su paciencia y de sus sufrimientos: atendida no mas que en cuanto á su volúmen natural, y como desproporcionada á las fuerzas de un cuerpo desangrado y débil, constaba, segun la tradicion comun, de quince piés

de largo en su tronco, y de ocho de ancho en sus brazos. Y si seguimos á Menochio, "el leño de que fué formada, habia nadado largo tiempo sobre las aguas de la piscina de Jerusalem, y se habia hecho como un pesado mármol." Figuraos, pues, al Labrador celestial entregado á la violencia de la mas vil canalla, arrastrando hácia el Calvario el arado de su Cruz, y sulcando con la mayor fatiga el terreno de la redencion. Figuráosle con sus vestidos teñidos en sangre, con los ojos inflamados, con los oídos y narices obstruidas, con su boca santísima abierta, y con la respiracion acelerada. ¡Qué alma no se doleria de su lamentable situacion! ¡Qué hombre no se derretiria en lágrimas á su vista! Mas, ¡oh bondad! ¡oh amor! ¡oh dignacion! Así trabaja, así desmenuza los terrones de la ignorancia y la malicia, así siembra la siemiente de salud, y así riega todo su campo con el líquido precioso de sus venas.

Apuradas aún todas sus fuerzas, y encorvado bajo el formidable peso de la Cruz; ¡oh envidia! ¡oh ira! ¡oh furor de los judíos! tiembla, titubea, y da con su sacrosanto rostro en tierra el Hijo del Eterno Padre, la imágen y figura de su substancia, el Criador de todo el universo. ¡Ay Jesus! ya veo que os esforzais á levantaros; pero pisado por los bárbaros ministros, dais otra y otra caída mas lastimosas, quejándoos solamente en lo íntimo del corazón, al Señor Dios Padre de Piedad: *Miserere mei Deus, quoniam concupivit me homo.* ¡Oh crueldad! la flor del campo y el lirio de los valles ha sido hollada por villanas plantas. Ya me parece que escucho la elocuente y respetuosa voz que sale de vuestras sagradas lagas, y penetra

aun en los oídos de vuestros mismos enemigos: "¡Oh vosotros los que pasais por el camino, atended y ved si hay dolor semejante á mi dolor!" Aquí se me representa Simon el Cireneo que, obligado á cargar vuestra Cruz, os ayudó á nombre de toda la Iglesia á llevarla detras de Vos en el resto del camino hasta el Calvario. Nunca olvidaré aquellas vuestras tiernas y enérgicas palabras, dirigidas á una turba de mujeres, que entregadas al llanto y al dolor, seguian vuestras huellas sangrientas: "No lloréis por mí, hijas de Jerusalem, llorad, sí, por vosotras mismas y por vuestros hijos." Así continuais, ¡oh pacientísimo Cordero! vuestro viaje doloroso, tocando los corazones de aquantas santas mujeres, y con ellas los nuestros insensibles. Pero fijad mas en él vuestros ojos, ¡oh cristianos! todos los que teneis la dicha de participar de su copiosa redencion. Allá va al sitio del desafío el inocentísimo Abel, para ser sacrificado, no á manos de un envidioso hermano, sino de una multitud de Caines deicidas: allá va el hijo de David, no á vivir, sino á morir; á morir, digo, y degollar espiritualmente con la espada de su Cruz, al soberbio é infernal Goliath.

No es difícil ahora aplicarnos á contemplar con el auxilio de la revelacion, el incomparable peso del madero á causa de nuestros pecados. ¡Oh! el macho de cabrío emisario cargado de las execraciones públicas, en el día de la expiacion solemne de los judíos, y enviado al desierto, figuraba á Jesucristo oprimido con el peso de la Cruz á cuestras por los pecados pasados, presentes y futuros, y ofrecido todo entero en holocausto fuera de las puertas de Jerusalem. Mas si esta sombra confusa no da todo el lleno á la repre-

sentacion, por ser significativa solamente de los delitos pretéritos y presentes, la ceniza de la ternera roja, que se mezclaba en todos los sacrificios y obla-ciones, por los pecados futuros, la perfecciona. "Yo solo, decia Moisés al pueblo de Israel, no puedo llevar el peso de vuestros asuntos y peticiones." Con el fin, pues, de arreglar la administracion de justicia, estableció por jueces y caudillos, hombres sabios y expertos á satisfaccion de las mismas tribus. Pero Jesucristo, lejos de ejercer la potestad temporal que emana de su soberano poder, se constituyó como un solo dador por todo el género humano. Segun la profecía de Isaías, "verdaderamente tomó nuestras dolencias y se cargó él mismo de nuestros dolores. Fué conducido á la muerte como una oveja, y permaneció en silencio como un cordero delante del que le trasquila." Lleno de terror el Santo Job por la consideracion de la venganza divina, hablaba con este respetuoso lenguaje: "Siempre he temido á Dios como olas levantadas sobre mí, y nunca he podido soportar el peso de su justa indignacion." Nuestro Mediano Jesucristo, sustituido por los hombres como único objeto del enojo del Dios de Santidad, apenas se sostiene en pié bajo los golpes de su espada penetrante é infrangible, para dar cumplimiento á su palabra preannunciada: "Yo le herí por los crímenes de mi pueblo." Y le fué tan sensible la carga fatigosa de estas mismas iniquidades, como lo habia declarado por boca de David: "Estoy miserable y encogido sobremanera: todo el dia andaba enristecido."

Si se desea otro testimonio mas claro, aquí tenemos el del Príncipe de los Apóstoles: "El mismo, dice,

llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero." Pues bien, Jesucristo cargó en el leño el pecado original de nuestros primeros padres Adán y Eva, por ellos y por toda su posteridad: en él fijó los siete monstruos capitales, reproducidos y multiplicados en todos los siglos: como si fuese el pié ó el punto de apoyo de la balanza de su Cruz, se anonadó y casi se deshizo con el peso así de todos los delitos, como del mismo horrible deicidio é infidelidad de los judíos. ¡Qué mas debió hacer que no hizo! ¡Ah! Eructo del infierno, maldito pecado, tú le cargaste con las crueldades de los Herodes, Neronés y Dioclecianos, y con todas las persecuciones contra la Iglesia: tú le impusiste sobre sus hombros una hacina de idolatrías, herejías, cismas y abominaciones, que cometieron y cometerán los hombres por todos los dias de su vida sobre la tierra.

Concluyamos: si un solo pecado mortal contiene, por lo que respecta á la dignidad del ofendido una enormidad y malicia infinita en su intension; si no se le impone por él al hombre transgresor una pena proporcionada, si no es en cuanto á la duracion ó eternidad del tormento; ¿quién podrá medir la inmensidad del dolor del Hijo del hombre angustiado y herido por todos los pecados? Ya se ve que el Hombre Dios por virtud de su Divinidad, pudo satisfacer con una sola súplica al Padre de la manera mas abundante, ó sentir en lo infinito con un solo acto de sufrimiento. Pero mejor quiso, segun la frase del Salmista, "ser rodeado con los dolores de la muerte y conturbado enteramente con los torrentes de maldad." Este es el paso de amargura, que se anticipó á la misma amar-

gura; este es el sacrificio de expiacion, que precedió á la misma expiacion del sacrificio consumado. No falta mas, que demostrar, cómo siguiendo sus pisadas aliviarnos el peso de nuestra Cruz.

## SEGUNDA PARTE

Al salir de la ciudad, como da á entender San Mateo, encontraron los soldados á un hombre natural de Cirene, llamado Simon: "á éste, pues, lo obligaron á ayudar á cargar la Cruz de Jesus." No hay duda que Simon es aquí la figura de todos los fieles, y aun de cada uno de ellos en particular. La Cruz de Jesucristo son los padecimientos de todos los justos, que viven de la gracia: la Cruz de Jesucristo es el propio estado sufrido con piedad, así en las prosperidades como en las adversidades de la vida: la Cruz de Jesucristo son todos los pecados, que cualquiera lleva sobre sí como pena y no como deuda. Nuestra Cruz por sí sola es gravísima, pero unida á la de Jesucristo es leve, es una misma: la Iglesia y su cabeza, por explicarme con el Apóstol, no hacen mas que como una sola persona ó un solo cuerpo. Mas el Salvador antes de haber expresado, "que su yugo es suave y su peso ligero," les habia propuesto á sus discípulos los dos motivos principalísimos: "Aprended de mí, les dice, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el reposo para vuestras almas." Desde luego que se requieren la mansedumbre ó la dulzura, y la humildad para cargar del precioso peso de la Cruz de

Cristo, y seguirle con perfecta imitacion. Por eso, desarrollando este otro doble concepto, podré ponerlos en claro mi segundo punto ya indicado. Continúad prestándome vuestra atencion.

La mansedumbre, conforme á la mente del Angélico Maestro, se define, "una virtud moral que modera las iras segun la rectitud de la razon." Jesucristo, nuestro sumo bien, así como no pudo pecar tampoco pudo refrenar movimientos desordenados de ira ó de venganza. Supuesto que es el insigne ejemplar de todas las virtudes, obtuvo la mansedumbre, sí, pero cual completa dulzura, y por modo eminente y perfectísimo. Sin embargo, usó de una justa severidad cuando convenia: la suavidad de su conducta ni es contraria ni impide estotra virtud. Así es, que en el mismo tránsito para el Calvario, y á tiempo que la turba de mujeres se bañaba en lágrimas por su extraña figura digna de compasion, les anunció la ruina de Jerusalem en estos términos expresos: "Porque ya vendrán los dias en que se diga: Dichosas las estériles y dichosos los vientres que no han concebido, y los pechos que no han dado de mamar. Entonces comenzarán á decir á los montes: Caed sobre nosotros; y á los collados: Cubridnos. Porque si así se trata al árbol verde, ¿con el seco qué se hará?" No me permiten los límites de un discurso, sino tocar rápidamente estas divinas palabras, para no extenderme mas.

Nosotros somos los que tenemos necesidad de reprimir la pasion de la ira y sus actos pecaminosos interiores y exteriores. Pero para tener presentes los males que se han de evitar, distinguiré con San Gre-

gorio Niseno, tres especies de ira y de iracundos: Hay ira que es amarga como la hiel y pronta en su principio y movimiento; esta se halla en los hombres agudos ó penetrantes, que al instante se indignan con exceso y por la mas leve causa: Hay otra que se llama manía, porque permanece y dura mucho tiempo; esta esclaviza á los hombres amargos que conciben de la injuria recibida dilatada tristeza, y se hacen molestos y enfadosos á sí mismos: Hay otra que lleva el nombre de furor, porque no se aquieta hasta que impone el castigo; esta domina á los hombres duros y obstinados, que por un vehemente deseo de venganza no deponen el enojo sino cuando aplican la pena. Por lo que mira al procedimiento de la accion de enfado ó cólera, “el que solamente se enoja contra su hermano, segun consta del Evangelio, será reo en juicio: el que le dijere hombre insulso ó ligero, será reo en el Concilio, y quien le dijere fátuo, será reo del fuego del infierno.” Ved aquí diversos grados de pecados que merecen diferentes tormentos ante los hombres, pero un suplicio eterno con cierta desigualdad ante Dios. ¡Ojalá que tales delitos no fueran tan comunes entre nosotros! Mas ¡ay! ellos abundan en el superior y en el súbdito, en el señor y en el siervo, en el sabio y el ignorante, el rico y el pobre, el padre y el hijo, el esposo y la esposa, el anciano y el jóven, el pariente y el extraño, el hombre y la mujer.

Ahora, ¡qué cosa mas admirable que la mansedumbre, que animada de la caridad concurre con ella al mismo efecto de substraer de sí mismo y del prójimo tan graves males! “Lo que agrada á Dios, dice el Eclesiástico, es la fe y la dulzura.” En prueba de ello,

añirma San Dionisio, “que Moisés por su mucha mansedumbre fué hallado digno de la aparicion de Dios.” Y cuán acepta sea esta misma virtud á los hombres lo expresó el mismo Eclesiástico en otra parte: “Desempeña, hijo mio, dice, tus obras con mansedumbre y te atraerás el amor de los hombres.” Mas adelante, á fin de enseñarnos que con ella se hace el hombre dueño de sí mismo, profiere esta sábia é inmutable sentencia: “Conserva, hijo mio, tu alma en mansedumbre, y tribútale honor como merece.” ¡Ignorais acaso cuál es esta grandeza, cuál es esta excelencia! Pues considerada como hábito sobrenatural, es una virtud divina; vista en cuanto á su acto, es la segunda de las bienaventuranzas; y atendida en cuanto al deleite ó gozo de la misma accion, es uno de los frutos del Espíritu Santo. Debe, sobre todo, esta virtud tener su asiento en el corazon y derramarse de allí á todas nuestras operaciones.

Dejando ya lo uno por lo otro, lo que previó el Profeta Isaías de Jesucristo, “que habia de ser numerado entre los perversos, se cumplió segun la frase de San Lúcas, cuando eran conducidos juntamente con él para el Calvario dos hombres criminales.” ¡Oh profundísima humildad! Pero mucho mas brilló en él esta virtud cuando murió en la Cruz en medio de estos dos malhechores. No le bastó haber tomado la forma de siervo, y haberse vestido con el traje de hombre, sino que se abatió con asombro del mundo hasta la abyeccion, hasta el oprobio y hasta la separacion ignominiosa de su alma y de su cuerpo. Ahora bien, “la perfecta humildad, como dice San Francisco de Sales, consiste en un verdadero conocimiento y reco-

nocimiento voluntario de nuestra baja: sus actos tienden á exaltar la Majestad divina, á amar nuestra propia pequeñez y á tener en mas al prójimo que á nosotros mismos." El humilde puede decir al Señor con David: "Por tí, Dios mio, he sufrido el oprobio y que la confusion cubra mi rostro." Muy al contrario, el soberbio, se deja ver lleno de fiereza y altanería, obstinado en sus pensamientos, duro y crítico en las palabras, impetuoso en sus operaciones, erguido, estrepitoso, pronto á la venganza, sin compasion ni misericordia. Tal monstruo no ha aprendido en la escuela de Cristo, sino en la del diablo; él será virtuoso solo en su imaginacion, pero no en la realidad: mientras dure en este estado no podrá gustar la dulzura de la virtud, ni tendrá la honra de acompañar á Jesus en el camino del Calvario.

Insistiendo en la obligacion de la humildad, nos será muy oportuno este pasaje de San Agustin: "¿Pienzas construir una hermosa fábrica de celsitud! Pues piensa primero sobre el fundamento de la humildad." ¡Ah! el conjunto de todas las virtudes se puede considerar como un edificio magnifico, cuyo cimiento lo constituye esta virtud: ella tiene el primer lugar entre todas las demas, porque expelle la soberbia, á quien Dios resiste; ella vuelve al hombre súbdito y apto para recibir el influjo de la divina gracia. Siempre se ha experimentado que el Señor para realizar sus altos designios, se ha valido de los pequenitos y desconocidos de la grandeza mundanal. A Job lo levantó de la santidad de un muladar y de la hediondez de sus úlceras, á un grado eminente de santidad: á David de la guarda de su rebaño, á la defensa del reino,

á la elevacion del trono de Israel y al conocimiento de la verdadera sabiduría: escogió á una humilde doncella para que se obrase en su seno purísimo la grandiosa obra de la Encarnacion; envió á doce predicadores pobres é ignorantes para que llevasen la luz del Evangelio hasta los últimos términos de la tierra. Y como de unas virtudes nacen otras y todas ellas se ligan con el lazo del amor, produce cada cual el reposo del alma, la tranquilidad del espíritu y la paz del corazon: de este modo los martirios, penitencias, mortificaciones y obras de religion, cuyo principio es la verdadera humildad, forman un ejército de cruces, con que los sagrados héroes de la Iglesia han acompañado á su Redentor. Miremos á Jesus en los mártires, en los sacerdotes, en los doctores, en los confesores, en los niños, en las virgencitas tiernas, y en todos los demas justos; miremos cómo arrostra los peligros, cómo vence, cómo triunfa: nada es capaz de destruir su imperio, todo coadyuva á sus santos fines.

Ya os he representado á la hostia sangrienta coronada de espinas, destituida de fuerzas y abrumada con el grave peso del ara de su Cruz. Tan tierno y nunca visto espectáculo lo habia descrito con anterioridad y en dos palabras el Santo Profeta Isaías, cuando clamaba abismado y como fuera de sí: ¡Gran Dios! "¿por qué están teñidos en sangre vuestros vestidos!" ¡Ah! el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Legislador que apareció en el Sinaí entre truenos y relámpagos, el Señor Dios de los ejércitos se halla constituido en la última miseria. ¿No es verdad que se le ha puesto en estado de "un varon de dolores?" ¡No gravita sobre sus sagrados hombros un peso intolerable!

ble, así por la calidad del madero como por lo excesivo de sus tamaños! ¿No se le ha reducido al extremo de ser maldición por los hombres y víctima por el pecador...? Así lo ha dicho el Apóstol, y así iba para el suplicio cual objeto de la ira de su Eterno Padre. Por lo que respecta á nosotros, si queremos cargar su Cruz, oigamos lo que advierte San Agustín: "Cualquiera otra carga te oprime y abruma, mas la carga de Cristo te alivia el peso: cualquiera otra carga tiene peso, mas la de Cristo tiene alas." Aludia el santo doctor al cumplimiento de los preceptos de la Ley nueva y á la imitación perfecta de Jesucristo. Pero sin duda que estas dos alas son tambien aplicables á la mansedumbre y la humildad, que en union de la gracia de Dios todo lo vencen y todo lo hacen muy fácil y llevadero.

Sed, pues, ¡oh piadosos oyentes míos! fieles imitadores de vuestro amantísimo Salvador, en llevar su Cruz con dulzura, humillacion, paciencia, fortaleza, y toda virtud. El que os envía cruces, os dará el sufrimiento: el que os entrega á las contradicciones, os colmará de bendiciones: el que os manda privaciones, os inundará en delicias: el que os llama y busca aun en la senda de los placeres y regocijos, mejor os alargará la mano en la tormenta de lágrimas, sollozos y gemidos. Nunca podrá estar mas bien vuestra suerte y vuestros destinos, que cuando los sometéis libremente al orden de la Divina Providencia. ¡Qué mucho que abata el peso de la Cruz, si el fuego del amor eleva hácia al cielo! Jesucristo va pagando con su Sangre y con su Cruz los pecados del mundo: nosotros debemos ser castigados y llorar por ellos. Ea, cristianos, hacedlo así. Esa Cruz que ha de servir de

féretro al Redentor, sea nuestro asilo: esa Cruz que ha sido nuestra dichosa cuna, sea tambien la señal de la victoria y la navicilla que nos conduzca al cielo.

## ENCUENTRO

Aquí hubiera dado fin á mi discurso, si un objeto muy importante y el mas edificativo de la memoria de este paso, no me precisara á satisfacer vuestros deseos. El tiernísimo episodio del encuentro de Jesucristo con su Santísima Madre, segun consta de una antigua tradicion, recibida por la Iglesia, lo he sacado de su lugar para ponerlo á lo último y excitar mas vuestros afectos al amor de la víctima del Calvario. ¡Ay! reveló la bienaventurada Virgen á Santa Brígida, que San Juan le fué á anunciar en esta mañana, cómo su amado Hijo habia sido ya sentenciado á muerte, y habia salido en público llevando su Cruz para el sitio destinado á su sacrificio. En concepto de San Buenaventura, la angustiada Madre atravesó una calle mas corta y se puso al cabo de otra, donde pasando su afligido Hijo se encontró con él. Opina el devoto Guillermo Neobrigense, "que no solamente la Santa Virgen dió la mano á la misma fortaleza para que se levantase de la tierra; recogió y limpió las gotas de Sangre que corrian de sus heridas; sino que tambien tomó la Cruz en las manos, y la colocó sobre sus hombros." Por el contrario, San Anselmo cree, "que aunque María quería abrazarle, los ministros la arrojaron con injuria, y la quitaron á empujones de

la presencia del dolorido Señor." En esta diversidad de pareceres que en nada perjudican á la fe ni á las costumbres, yo adoptaré la doctrina de San Pedro de Alcántara en sus Meditaciones. "¡Cuál fué entonces, dice, el amor y el temor del corazón de María! Por una parte deseaba verle, por otra rehusaba ver una figura tan digna de compasión." Pero en efecto, y esto es lo cierto, llegaron á avistarse: el Hijo, según la relación de Santa Brígida, se quitó la Sangre coagulada de los ojos que le impedía la vista, miró á la Madre y la Madre miró al Hijo.

Detengámonos en este punto algun tanto y reflexionemos. María ve, ¡oh Santo Dios! ¡pero qué ve! los clavos, los martillos y la Cruz, instrumentos crueles de la muerte de su Hijo: ve á un jóven todo ensangrentado, llagado desde la cabeza hasta los piés, y con un haz de espinas por corona: "le ve con Isaías como un leproso, casi desconocido, y su rostro como encubierto por el desprecio y las afrentas." Jesus tambien levanta los ojos y los fija en su Santa Madre; la ve traspasada con la espada del dolor y convertida en un mar de llanto. No quisiera que llegasen á sus oídos los malos tratamientos, las irrisiones y las blasfemias que sufre. Mas ¡qué se ha de hacer! es sierva y Madre, y él es Hijo y Dios. ¡Oh miradas sensibillimas! ¡Oh candidisimas palomas! ¡Oh hermosisimas enamoradas almas! Se cumplió lo que habia predicho el Profeta Joel: "El sol se convertirá en tinieblas y la luna en sangre." Sí, el Sol de justicia eclipsado y oscurecido, padeció en este instante, según los contemplativos, el mayor de sus dolores: la luna mística de la Iglesia, hubiera muerto al propio tiempo de pe-

na, si no la confortara el brazo del Omnipotente. Inferid de esto mismo lo que conviene al bien de nuestras almas. ¡Rehusarémos todavía esa ligera cruz con que nos carga Jesucristo! ¡Nos quejarnos al verle llevar la suya tan pesada! ¡Nos ocuparémos todavía en las diversiones y en los placeres de la tierra! ¡No será mejor seguir con resignacion á nuestro guía y á nuestra vida Cristo hasta la muerte, en el sendero del Calvario! Animaos, pues, al contemplarle con el leño sobre sus hombros, y trepando á cuestras con su compañero la montaña santa. Resolveos á ejemplo de la Dolorosa María, á caminar tras él, á morir si fuera posible con él, y arrepentidos de vuestras culpas decidle con todo vuestro corazón: SEÑOR MIO JESUCRISTO, &c.